

descend?»⁸. Sin embargo, su tratamiento de la materia narrativa apunta aquí hacia otra dirección: la historia con que se inicia «To Manuel Altolaquirre» tiene menos que ver con ese simbolismo visionario de *El caballo griego* que con el documento pormenorizado de *World within World*. Allí, Spender cuenta cómo Altolaquirre le contó de viva voz que efectivamente fue herido por una figura de estuco durante un ataque aéreo y recordó que la Casa de la Cultura había organizado un fondo para ayudar a los intelectuales que sufrieran daños; al acudir a la oficina, encontró «a un poeta, el vecino de abajo, con su mujer y sus diez hijos, los doce sentados en sillas y todos vendados; me sentí tan avergonzado que me fui»⁹.

El poema ha transformado levemente la anécdota original —el encuentro no es en la oficina sino en el vecindario, Altolaquirre no acude para mostrar su herida con pose heroica sino para pedir ayuda— y la ha mezclado con la historia de *El caballo griego*: como allí, el Altolaquirre del poema ríe ante la destrucción, en excéntrico desafío. Pero la relación entre «To Manuel Altolaquirre» y *World within World* sigue: el verso treinta y siete dice que las historias de Altolaquirre siguen cruzando la mente de Spender, y efectivamente a continuación se relatan tres. La primera se refiere al funeral de un tío del poeta malagueño, durante el cual él contempló el desfile de una hilera de hormigas a través del féretro, «cada una llevando en sus mandíbulas una pequeña porción de mi tío»: una escena buñuelesca que el poeta contrastaba con la gravedad de la aristocracia malagueña que asistió al acontecimiento. La segunda se refiere a un pariente célebre por haber dejado su coche en la sierra y haber perseguido una perdiz durante tres días. La tercera habla de otro tío del poeta que «murió de un ataque, exasperado por no poder criar un toro de ojos verdes»¹⁰. *World within World* recoge todas estas historias exactamente en los mismos términos que el poema, pero además deja entrever la viva fascinación que Spender sintió por la persona de Altolaquirre y su mundo mágico, lindando siempre con la excentricidad, con lo maravilloso al otro lado de la esquina.

Versiones e inversiones

Conviene contrastar esta fascinación por la persona histórica y biográfica de Altolaquirre con la recreación de su personaje. «Cuando se trata de

⁸ Spender, Stephen, *Ruins and Visions*, Londres, Faber and Faber, 1942.

⁹ Spender, Stephen, *World Within World*, Londres, Hamilton, 1951, p. 263.

¹⁰ Spender, Stephen, *World Within World*, Londres, Hamilton, 1951, p. 232.

poesía –declaró una vez el poeta inglés– disfruto escribiendo y rescribiendo, haciendo numerosas versiones de un poema, dejando un esbozo durante varios años y volviendo después a él para trabajarlo»¹¹. El caso de «To Manuel Altolaguirre» es una de las más extremas demostraciones de este hábito: más que un poema, lo que el lector encuentra es dos. Junto con el citado «To Manuel Altolaguirre» de la antología de 1985, existe «To a Spanish Poet» (*for Manuel Altolaguirre*), incluido en *The Still Center* (Londres: Faber, 1939). Y no es el título lo único que cambia. Pese a tener un número de versos similar, la versión original difiere notablemente de la que Spender escogió para su edición definitiva. De hecho, apenas coinciden quince versos:

Tras la ventana contemplabas el vacío
de un mundo en explosión:
escombros por el aire, como fuente
que dispersa una ráfaga de viento.
Tu mente se vació de todos los sentidos
salvo el de soledad, ante el desfile
de objetos en la huida que el ojo no remedia:
eras de nuevo un niño
que por primera vez ve suceder las cosas.

Entonces la paloma de estuco, que anidaba
a la altura del techo de tu cuarto,
hizo una pirueta en tu ventana
con un raro zureo inanimado.
Mientras tú sonreías
todo en la habitación quedó hecho añicos:
sólo estabas tú entero, detenido
en un arrobamiento helado, como si contemplaras
tu propio rostro en el espejo roto
que siempre reflejaba esa imagen en su azogue.

Así te veo ahora:
con un pálido asombro en tu mirada,
que guarda todavía en el negro del iris
irrisorias imágenes

¹¹ Spender, Stephen, *World Within World*, Londres, Hamilton, 1951, p. 256.

de aquel hombre perdido por los montes
de Málaga, siguiendo una perdiz
después de haber abandonado el coche
o de aquel general exasperado
por no lograr criar un toro de ojos verdes.

Tras la violencia cárdena que cubre las noticias,
las fotos sin sentido de rostros desolados,
el llanto en las entrañas, el vómito en los ojos
por todos los rincones de tu patria,
con la imaginación leo espantado
mi temor de encontrarte muerto en cualquier página.

Tal vez somos nosotros los muertos e irreales,
nosotros que habitamos un mundo en explosión
y bajo la cubierta de la tierra
extendemos, rotundo, algún cadáver
cuyos ojos florecen a través de la tumba
como si fuera una ventana apaisada
y por ella se viese aclararse los astros
en la hoja de vidrio helado que es el cielo,
más allá de esta farsa de un universo en ruinas.

Tu corazón observa a través de tu cuerpo roto
como el eje a través de la rueda que gira,
con los ojos en sangre.
Con corazón intacto
tu mirada penetra mis huesos rotatorios
sobre la llanta transparente de un mundo que se disipa,
allí donde se abre mi costado
y apartan las costillas para dejarte entrar
y reemplazar mi corazón, más vivo y más helado.

Oh, deja que este tiempo de violencia
abra, en mis miembros, ojos
igual que por el cielo se abren las estrellas
que contemplan el mapa del dolor,
pues sólo cuando el río más terrible
de la pena y de la indignación
se haya vertido en mi cerebro entero,

podré yo construir desde el lamento
 un mundo de dicha
 y una constelación distinta
 con tu voz que se alegra todavía
 en el centro de su noche
 igual que las estrellas que, enterradas
 en esta noche, arden con su brillante luz.

He dicho antes que el Altolaguirre que aparece aquí es menos el biográfico que el literario. ¿Cómo lo describe Spender? La primera estrofa es bastante elocuente: como alguien que, con extraño sosiego, contempla la destrucción de la guerra desde su ventana, hasta recuperar la mirada del niño que ve el mundo renovado a cada instante. Es obvio que Spender proyecta aquí sobre Altolaguirre la mitificación de la infancia característica de la tradición romántica –el Blake de *Songs of Innocence*, el Coleridge de «Frost at Midnight», el Wordsworth de *The Prelude* y la «Immortality Ode»– que conocía perfectamente y estudió con magistral perspicacia en la primera parte de *The Struggle of the Modern*. Pero además sucede que el relato autobiográfico de Spender en *World within World* ofrece razones para esta proyección. Un ejemplo: después del Congreso de 1937, ya en Barcelona, se decidió que algunos delegados españoles acompañarían a Malraux, Spender, etc. a un encuentro entre escritores que tendría lugar en París. Entrevistados por unos oficiales comisionados para hacer la selección, Altolaguirre explicó que deseaba reunirse con su mujer y su hija, por lo que se le denegó el permiso. Cuando sus amigos le comentaron que debería haber inventado alguna razón política y ocultado la motivación personal, el poeta gritó violentamente: «¡No! ¡No! ¡No!» y se alejó. «Intentaron darme una explicación que lo disculpara –cuenta Spender– y me dijeron que Manolo era muy niño».

De hecho, aparte los recuerdos de Spender, la leyenda personal de Altolaguirre acompañaba esta figura infantiloides que propone el poema: en *La arboleda perdida*, Alberti describe al malagueño como hombre vital, encendido, lúdico, imposible de sujetar a la sensata rutina de los adultos; en «Málaga-París» Cernuda habla de su «sonrisa infantil» y de la «gracia infantil de su adolescencia persistente»; en «Manuel Altolaguirre en Londres», Martínez Nadal afirma que fue siempre «cual niño desamparado»; y en «La poesía de Manuel Altolaguirre», Jesús Arellano resume su figura en la de «poeta con corazón de niño».

Incluso el intimismo de la poesía de Altolaguirre tiene un desenlace en la misma dirección, pues lo que el poeta encuentra en esa vía de autocono-